O Genocídio Esquecido - França, Portugal e a (Velha) Ordem Satânica

Gal Laiko

El Genocidio Olvidado - Francia, Portugal y la (Vieja) Orden Satánica

Queridos lectores, preparaos para un viaje por el corredor ensangrentado de la Historia, donde las máscaras caen y las verdades incómodas emergen como cadáveres flotando en el Sena. Sentados cómodamente, porque lo que os espera no es para estómagos débiles ni para mentes colonizadas por la propaganda republicana que nos imponen a la fuerza desde los bancos escolares.

Introducción

Comencemos por el principio, o mejor dicho, por el fin – el fin de las monarquías cristianas que Dios estableció para gobernar a Sus amados, los verdaderos herederos de la Promesa que habitaban Europa Occidental. No os engañéis: las revoluciones sangrientas que devastaron Portugal y Francia no fueron movimientos espontáneos del "pueblo oprimido" clamando por libertad. No, amigos míos. Fueron golpes meticulosamente orquestados por las crías de Samael, aquellos que Cristo identificó como pertenecientes a la Sinagoga de Satanás, auxiliados por sus lacayos masones – esa confraternidad de traidores que juraron fidelidad a los arquitectos de las tinieblas.

¡La Vendea! Ah, ¡la Vendea! Este nombre debería resonar a través de los siglos como un grito de alerta, pero en lugar de eso ha sido cuidadosamente barrido bajo la alfombra de la Historia oficial. Entre 1793 y 1794, en las llanuras y bocages de esa región francesa, se desarrolló lo que Reynald Secher se atrevió a llamar por su verdadero nombre: genocidio. No un masacre cualquiera, no una "represión necesaria", sino un exterminio sistemático, premeditado y ejecutado con una eficiencia diabólica contra los misioneros de Cristo que allí vivían en paz.

Los "liberales" revolucionarios de París, esos iluminados discípulos de Voltaire y Rousseau (c uyas filosofías fueron financiadas y promovidas por las mismas manos que negociaron la crucifixión del Ungido), decidieron que la Vendea era demasiado católica, demasiado fiel al Rey, demasiado aferrada a las tradiciones de sus antepasados – los verdaderos herederos de la Promesa que habían migrado a través de las eras desde Palestina hasta las tierras celtas y francas. ¿Y cuál fue la solución encontrada? Simple: exterminio total.

El general Turreau, ese encantador caballero de la república, recibió órdenes explícitas: "Vuestras tropas

exterminarán a los bandidos hasta el último hombre." Noten bien el lenguaje: no "combatir rebeldes", no "suprimir la insurrección", sino **exterminar**. Las columnas infernales – Les Colonnes Infernales – marcharon a través de la Vendea con una misión clara: matar todo y a todos. Hombres, mujeres, niños, ancianos, embarazadas. Quemaron iglesias con los fieles dentro, violaron a monjas, masacraron a sacerdotes en los altares, ahogaron a familias enteras en el Loira en lo que los revolucionarios, con su fino humor satánico, llamaban "matrimonios republicanos" – un hombre y una mujer atados desnudos y arrojados al río para ahogarse j untos.

¿Pero por qué? ¿Por qué tanto odio dirigido específicamente contra los amados de Cristo que habitaban aquellas tierras? Porque la Vendea representaba todo aquello que las crías de Sa mael desprecian: una sociedad jerárquica y ordenada según los designios divinos, donde el campesino respetaba al noble, donde el padre era venerado, donde las antiguas tradiciones de los pueblos céltico-israelitas permanecían vivas. La Vendea no aceptó a los padres constitucionales impuestos por la República – esos traidores que juraron lealtad al Estado en lugar de a Dios. Los vendeanos se mantuvieron fieles a sus sacerdotes refractarios, aquellos que se negaron a traicionar al Ungido.

Y aquí establecemos la primera conexión vital entre las dos revoluciones: tanto en Francia co mo en Portugal, el objetivo primario siempre fue la Santa Madre Iglesia y las monarquías divinamente establecidas. En Portugal, las invasiones francesas de 1807-1811, supuestamente motivadas por conflictos napoleónicos, sirvieron a propósitos más profundos. Los ejércitos revolucionarios franceses no vinieron solo a conquistar territorio; vinieron a esparcir el virus revolucionario, profanar iglesias, saquear conventos, masacrar religiosos y preparar el terreno para futuras revoluciones liberales que asolarían Portugal durante todo el siglo XIX.

Recordad 1834, cuando los gobiernos liberales en Portugal decretaron la extinción de las órdenes religiosas. No fue un acto administrativo neutro: fue un ataque deliberado contra los misioneros de Cristo, contra aquellos que preservaban el conocimiento sagrado, que educaban al pueblo, que cuidaban de los pobres. Los frailes y monjes fueron expulsados, los conventos saqueados, las bibliotecas dispersas o quemadas. ¿Cuántos manuscritos preciosos, cuántos registros genealógicos que probaban las líneas de los herederos de la Promesa en las tierras ibéricas fueron deliberadamente destruidos?

Las propiedades de la Iglesia fueron confiscadas y vendidas en subasta pública – ¿y adivina quién las compró? Exactamente: los mismos financieros, muchos de ellos vinculados a las redes masónicas internacionales, que habían financiado la revolución. Un patrón que se repite: revolución, confiscación, concentración de riqueza en manos de los revolucionarios. Curioso, ¿ no? Una revolución del "pueblo" que siempre enriquece a los mismos grupos.

Volvamos a la Vendea, porque los horrores allí perpetrados merecen ser expuestos en un detalle gráfico que ningún manual escolar se atreve a presentar. El general Westermann, tras una de s us campañas de exterminio, escribió orgullosamente a la Convención Nacional: "No hay más Vendea. Murió bajo nuestra espada libre, con sus mujeres y niños. Acabo de enterrar a un pueblo entero en los pantanos y bosques de Savenay. Ejecuté mis órdenes. Aplastamos a los niños bajo los cascos de nuestros caballos, masacramos a mujeres que así no generarán más bandidos. No tengo un prisionero que me censure. Exterminé a todos."

Leed esto de nuevo. Dejad que penetre en vuestras mentes. Este no es un testimonio de enemigos de la Revolución; son las propias palabras de los revolucionarios, orgullosos de sus atrocidades. Niños aplastados bajo cascos de caballos. Mujeres masacradas preventivamente para impedir futuras generaciones. Y este monstruo no fue castigado – ¡fue condecorado!

Los métodos eran variados y creativos en su crueldad. Se desarrollaron hornos especiales en Nantes para quemar los cuerpos – precursores tecnológicos de horrores futuros del siglo XX. Se experimentaron técnicas de ahogamiento en masa: barcazas cargadas con prisioneros eran hundidas en la Loira. Se cuenta que el río se teñía de rojo por la sangre y que durante meses l os cadáveres flotaban hasta el mar. Los curtidos revolucionarios – y aquí la maldad alcanza niveles shakespearianos – utilizaban piel humana de los vendeanos muertos para hacer botas y pantalones para los oficiales republicanos. No es una invención: está documentado que un cirujano llamado Pecquel fue instruido a curtir pieles humanas, siendo la piel de los hombres considerada superior en calidad.

¿Quieren saber lo que esto nos enseña? Que cuando se rechaza a Dios, cuando se proclama que el hombre es la medida de todas las cosas, cuando se sustituye la ley divina por la "voluntad general" de Rousseau, no hay límite para la barbarie. Los revolucionarios franceses, embriagados con sus ideas ilustradas, se convencieron de que estaban construyendo un mundo nuevo y perfecto. Y para construir ese paraíso terrenal, era necesario eliminar físicamente a todos aquellos que representaban el mundo antiguo, especialmente a los amados de Dios que se negaban a adorar en el altar de la Razón.

Y aquí llegamos al núcleo teológico de la cuestión: estas revoluciones no fueron primariamente políticas ni económicas. Fueron espirituales. Fueron la manifestación temporal de la guerra eterna entre la simiente de la Mujer y la simiente de la Serpiente, profetizada en Génesis 3:15. Las monarquías cristianas de Europa, a pesar de todos sus defectos humanos, representaban el orden divino, una jerarquía celestial reflejada en la Tierra. Los reyes eran ungidos, literalmente ungidos con aceite sagrado, estableciendo un vínculo sacramental entre el gobernante y el Creador.

Cuando los revolucionarios decapitaron a Luís XVI en enero de 1793, no mataron solo a un hombre. Ejecutaron un sacramento vivo. Profanaron deliberadamente la unción divina. Y no por casualidad el juicio y ejecución del rey fueron meticulosamente planeados como un ritual invertido, una misa negra política. El calendario revolucionario abolió los domingos y fiestas cristianas, sustituyéndolos por décadas seculares. La Catedral de Notre-Dame fue transformada en Templo de la Razón, donde una actriz semi-desnuda fue entronizada como Diosa Razón. ¿No les parece familiar este patrón de inversión, de profanación deliberada de lo sagrado?

En Portugal, aunque los métodos eran inicialmente menos sangrientos que en Francia, el objetivo permanecía idéntico. Las revoluciones liberales de 1820, 1836, 1910 – cada una avanzaba un paso más en la demolición de la orden tradicional. La revolución republicana de 1910 fue particularmente reveladora: atacó ferozmente a la Iglesia, expulsó órdenes religiosas, confiscó propiedades, prohibió la enseñanza religiosa e instauró un régimen virulentamente anticatólico. Los líderes republicanos, muchos de ellos masones confesos, no ocultaban su odio hacia la fe de sus antepasados.

¿Y quién financiaba estos movimientos revolucionarios? Sigan el dinero, queridos lectores, siempre sigan el dinero. Las redes financieras internacionales, a menudo vinculadas a las mismas familias que controlaban los bancos centrales europeos, tenían un profundo interés en la caída de las monarquías. ¿Por qué? Porque los reyes cristianos tradicionales, a pesar de contraer préstamos frecuentemente, reconocían límites morales a la usura y mantenían cierta independencia. Las repúblicas endeudadas, gobernadas por políticos corruptibles y temporales, eran mucho más maleables.

Observad el patrón: revolución → endeudamiento masivo del nuevo régimen → venta de propiedades confiscadas → concentración de poder económico. En la Francia revolucionaria, l os assignats (papel moneda revolucionario) crearon hiperinflación que destruyó los ahorros del pueblo común mientras especuladores conectados se enriquecían comprando propiedades confiscadas por migajas. En Portugal, tras cada convulsión liberal, la deuda nacional aumentaba exponencialmente, volviendo al país dependiente de acreedores internacionales.

Pero volvamos a los horrores concretos de la Vendea, porque es esencial comprender la naturaleza genocida de esta campaña. El término "genocidio" es legalmente preciso: había una intención deliberada de destruir a un grupo específico – los católicos monárquicos de la Vendea – por razones de identidad religiosa, cultural y política. Las órdenes escritas preservadas en los archivos no dejan margen para la duda. El diputado Carrier, responsable de los ahogamientos masivos en Nantes, declaró explícitamente: "Formaremos un cementerio de Francia antes de no regenerarla a nuestra manera."

Regeneración. Noten esta palabra. Para regenerar, primero se debe destruir completamente. Es la misma lógica que vemos repetida en todas las revoluciones subsecuentes: bolchevique, maoísta, camboyana. Destruir completamente el viejo orden, exterminar las viejas clases, crear al "hombre nuevo". Y este hombre nuevo debe estar desarraigado, sin conexión con la tradición, la familia, la fe – un átomo aislado, perfectamente manipulable por el Estado totalitario.

Los vendeanos, en su resistencia heroica, representaban exactamente lo opuesto. Estaban profundamente arraigados: en la tierra que cultivaban desde hacía generaciones, en las parroquias donde estaban enterrados sus antepasados, en las tradiciones que remontaban a sus ancestros céltico-israelitas. Luchaban bajo estandartes con el Sagrado Corazón de Cristo, gritando "¡Dios y el Rey!" – un lema que encapsulaba perfectamente la orden tradicional que defendían.

La revuelta comenzó en Marzo de 1793, cuando la Convención decretó el reclutamiento militar forzado de 300.000 hombres. Los campesinos vendeanos se negaron a servir en un ejército que fusilaba a sacerdotes y profanaba iglesias. Tomaron las armas no por ambición política, sino en legítima defensa de la fe y de sus comunidades. Inicialmente, lograron victorias espectaculares contra las tropas regulares republicanas, demostrando que los campesinos motivados por la fe podían derrotar a ejércitos profesionales.

Pero la República movilizó recursos masivos. No solo envió soldados, sino también científicos – ¡sí, científicos! – para encontrar métodos eficientes de exterminio en masa. Se discutió seriamente en la Convención el uso de gas venenoso contra los vendeanos. Un químico llamado Fourcroy investigó la posibilidad de envenenar los pozos de agua. Otros propusieron esparcir enfermedades deliberadamente entre la población. Estas propuestas de guerra química y biológica en 1793 demuestran que la mentalidad totalitaria moderna nació precisamente en la Revolución Francesa.

En Portugal, aunque no alcanzando la escala genocida de la Vendea, las persecuciones religi osas durante los períodos liberales y republicanos revelan una mentalidad idéntica. Sacerdotes fueron asesinados, monjas violadas, iglesias profanadas. Durante la revolución de 1910, turbas atacaron conventos, exhumaron cadáveres de monjas para exhibirlos públicamente en una obscena parodia anticlerical. Las religiosas del Convento de São Domingos en Lisboa fueron expulsadas violentamente, y el convento transformado en cuartel militar.

Aquí se manifiesta el mismo odio visceral contra la virginidad consagrada, contra aquellos que

renunciaron al mundo para servir al Altísimo. ¿Por qué tanto odio específico contra monjes y monjas? Porque representan el rechazo total del materialismo, del hedonismo, de la cosmovisión secular. Su propia existencia es una acusación viva contra el mundo moderno. Por eso deben ser eliminados o, como mínimo, ridiculizados y marginados.

La conexión entre las revoluciones portuguesa y francesa se vuelve aún más evidente cuando examinamos la influencia directa de los ejércitos napoleónicos en suelo portugués. Durante las invasiones francesas, los soldados revolucionarios no se limitaron a combatir al ejército portugués. Saquearon sistemáticamente iglesias, destruyeron imágenes sagradas, robaron cálices y relicarios, violaron a las monjas. En Alcobaça, el magnífico monasterio cisterciense fue saqueado; inestimables manuscritos medievales fueron destruidos o dispersos. En Mafra, el convento-palacio fue vandalizado. Por todo el país, una estela de destrucción marcaba el avance francés.

Pero esto no era mero vandalismo militar común en tiempos de guerra. Era iconoclastia ideológica. Los soldados revolucionarios habían sido adoctrinados para odiar todo lo que fuera religioso. Cantaban a Carmagnola mientras profanaban altares. Era una guerra total no solo contra un ejército enemigo, sino contra Cristo y Sus amados que habitaban la península ibérica.

¿Y los traidores locales? Ah, sí, siempre hay traidores locales. En Portugal, la masonería crecía e n las sombras, reclutando descontentos entre la pequeña nobleza y la burguesía comercial. Estos hombres, a menudo arruinados o resentidos por no haber alcanzado las posiciones que creían merecer, abrazaban las ideas revolucionarias. Se reunían secretamente en logias, donde juraban lealtad a principios abstractos y entidades nebulosas, traicionando los juramentos de fidelidad al Rey y a Dios que habían hecho públicamente.

Cuando estalló la revolución liberal de 1820, fue esta red masónica la que la orquestó. El rey D. João VI, obligado a regresar de Brasil, se encontró con un país transformado. La Constitución liberal de 1822 limitaba drásticamente los poderes reales y atacaba los privilegios de la Iglesia. Se iniciaba el largo proceso de demolición de la monarquía tradicional portuguesa, proceso que solo terminaría en 1910 con el regicidio disfrazado de revolución republicana.

Pero detengámonos un momento en este concepto de regicidio, porque está en el núcleo de la rebelión satánica contra el orden divino. Cuando Luís XVI fue guillotinado, el verdugo mostró la cabeza decapitada a la multitud que gritaba "¡Viva la República!" Algunos corrieron a mojar sus pañuelos en l a sangre real, en una parodia demoníaca de las reliquias de los mártires cristianos. Este ritual de sangre marcaba

simbólicamente la "muerte de Dios" en la esfera política, el rechazo definitivo de la autoridad divina sobre las naciones.

São Paulo escribió en Romanos 13: "No hay autoridad que no venga de Dios; las autoridades que existen han sido instituidas por Él." Los revolucionarios rechazaron explícitamente este principio. Proclamaron que la autoridad emana del pueblo, de la "voluntad general". Pero, ¿quién interpreta esta voluntad general? Los líderes revolucionarios, naturalmente. Y así, en nombre de la "voluntad del pueblo", implementaron el Terror: guillotina funcionando incesantemente, delaciones incentivadas, prisiones abarrotadas, ejecuciones sumarias.

El Terror no fue un desvío de la Revolución; fue su esencia lógica. Robespierre, el "Incorruptible", dijo claramente: "El terror no es más que justicia rápida, severa, inflexible." Y Saint-Just proclamó: "La República consiste en la destrucción de todo lo que se le opone." Transparencia total: decían exactamente lo que pretendían hacer. No se trataba de reformar el Ancien Régime; se trataba de destruirlo completamente y construir algo radicalmente nuevo sobre sus ruinas.

Y aquí llegamos a una verdad incómoda que la historiografía liberal prefiere ignorar: la Revolución Francesa fue el modelo, el prototipo, de todos los totalitarismos genocidas del siglo XX. Lenin la estudió cuidadosamente e implementó los mismos métodos: partido de vanguardia, terror sistemático, destrucción de las clases "reaccionarias", creación del hombre nuevo. Mao siguió el mismo manual. Pol Pot lo llevó a las últimas consecuencias lógicas en Camboya. La línea es directa e ininterrumpida.

Pero los revolucionarios franceses tuvieron un mérito particular: fueron los primeros en implementar genocidio ideológico en la era moderna. Los vendeanos no eran enemigos extranjeros; eran franceses. Pero eran franceses del tipo equivocado: católicos, monárquicos, tradicionales. Por lo tanto, debían ser exterminados. Esta es la lógica totalitaria pura: el Estado revolucionario se arroga el derecho de determinar quién merece vivir y quién debe morir basado en criterios ideológicos.

Documentos preservados en los archivos revolucionarios revelan la dimensión de la catástrofe. Estimaciones conservadoras hablan de 170.000 muertos en la Vendea, pero investigadores como Reynald Secher argumentan convincentemente que el número real puede haber superado los 250.000, en una región con una población de alrededor de 800.000. Es decir, potencialmente un tercio de la población fue exterminada en poco más de un año. Aldeas enteras desaparecieron. Linajes familiares que se remontaban a siglos fueron completamente borrados.

¿Y cuál fue la reacción de Europa cristiana ante este genocidio? Prácticamente silencio. Las otras monarquías europeas, ocupadas con sus intrigas dinásticas y guerras de gabinete, no se dieron cuenta de que en la Vendea se libraba la batalla decisiva entre la civilización cristiana y el nuevo mundo revolucionario. Cuando finalmente despertaron ante el peligro, era demasiado tarde. El genio revolucionario había escapado de la botella y se esparcía por Europa como un miasma espiritual.

En Portugal, los ecos de la Vendea resonaron en las guerras civiles del siglo XIX. La Guerra Civil Portuguesa de 1832-1834 enfrentó a liberales contra absolutistas – o, para usar una terminología más precisa, revolucionarios contra tradicionalistas. Los liberales, apoyados por la Inglaterra masónica, triunfaron. D. Miguel, el rey absolutista que representaba la orden tradicional, fue derrotado y exiliado. Siguió la ya mencionada extinción de las órdenes religiosas y la implementación de "reformas" liberales que demolieron sistemáticamente las estructuras sociales tradicionales.

Los miguelistas – partidarios de D. Miguel – eran, a su manera, los vendeanos portugueses. Campesinos del Norte, profundamente católicos, tomaron las armas para defender al rey legítimo y la fe de sus padres. Fueron derrotados no por falta de coraje, sino porque se enfrentaban a fuerzas militares modernas apoyadas por potencias extranjeras. Y al igual que los vendeanos, fueron posteriormente vilipendiados por la historiografía oficial como "reaccionarios", "fanáticos" y "obscurantistas".

¿Pero quiénes eran verdaderamente los obscurantistas? ¿Aquellos que defendían la civilización cristiana construida a lo largo de mil años, o aquellos que prometían un paraíso terrenal a través de la guillotina? ¿Aquellos que preservaban las tradiciones de los herederos de la Promesa, o aquellos que abrazaban ideologías importadas de filósofos ateos?

El siglo XIX portugués es una larga agonía de la monarquía tradicional, entrecortada por golpes, contragolpes e inestabilidad crónica. Cada nueva "regeneración" liberal prometía progreso y prosperidad; cada una entregaba más caos y endeudamiento. La única constante era el ataque incesante a la Iglesia. Conventos cerrados, propiedades confiscadas, órdenes religiosas prohibidas, enseñanza religiosa progresivamente eliminada. Era la secularización forzada de una nación profundamente católica.

Y no nos engañemos: esta secularización forzada es precisamente el objetivo. Porque un pueblo sin fe, sin raíces, sin tradición, es un pueblo fácilmente controlable. Un pueblo que no cree en nada superior a sí mismo acabará creyendo en cualquier cosa. Un pueblo que ha olvidado a sus antepasados y su

herencia perderá también el futuro.

Los herederos de la Promesa en Europa Occidental han sido sistemáticamente atacados durante los últimos dos siglos precisamente porque representan el mayor obstáculo a los planes de las crías de Samael. Un pueblo consciente de su herencia bíblica, de su identidad como descendientes espirituales (y en muchos casos biológicos) de Israel, un pueblo leal al Ungido y a las estructuras sociales ordenadas por Él – tal pueblo es ingobernable para los arquitectos del Nuevo Orden Mundial.

Por eso la Historia tuvo que ser reescrita. Por eso se enseña a los niños que las revoluciones fueron movimientos liberadores del pueblo oprimido. Por eso la Vendea fue borrada de los libros de Historia durante casi dos siglos. Por eso se ridiculiza a la monarquía tradicional como "tiranía" y se celebra la república como "libertad" – cuando la realidad histórica demuestra precisamente lo contrario: las monarquías cristianas tradicionales, a pesar de sus defectos, preservaban libertades locales, corporaciones, comunidades orgánicas; las repúblicas revolucionarias implementaron una centralización totalitaria, destruyeron comunidades intermedias y crearon Estados cada vez más intrusivos y tiránicos.

Volvamos una vez más a la Vendea, porque hay aspectos específicos del genocidio que merecen atención detallada. Las "columnas infernales" del general Turreau operaban según instrucciones precisas. Cada columna, compuesta por alrededor de 2.000 a 5.000 soldados, debía atravesar sistemáticamente un sector específico de la Vendea, destruyendo todo. Las órdenes escritas especificaban: quemar todas las aldeas, bosques, y matorrales; confiscar todos los granos y forrajes; matar todo el ganado; ejecutar a todos los habitantes encontrados.

Era una tierra arrasada absoluta. Pero no una tierra arrasada militar convencional, donde se destruye infraestructura para negar recursos al enemigo. Era una tierra arrasada genocida, donde el objetivo era hacer que la propia tierra fuera inhabitable, para que ni siquiera los sobrevivientes pudieran regresar. Envenenaban pozos, quemaban campos cultivados, abatían rebaños enteros dejando los cadáveres a pudrirse. Era una guerra contra la propia tierra que l os herederos de la Promesa habitaban, en un intento de profanar y contaminar el suelo santificado por la presencia del pueblo de Cristo.

Las testimonias dejaron relatos horribles. Un oficial republicano, Delamarre, escribió: "Vi horrores que no debería haber visto. Vi a niños masacrados bajo las bayonetas de nuestros soldados mientras sus madres huían gritando. Vi las cabezas de niños empaladas en las puntas de las bayonetas de los soldados mientras marchaban." Otro testimonio, del general Haxo: " Aldea enteras son incendiadas. Las mujeres son violadas y luego fusiladas. Los niños pequeños son aplastados bajo los cascos de los

caballos."

Pero lo más impactante es que muchos de estos relatos no son de críticos, sino de los propios perpetradores, que escriben orgullosamente sobre sus "hazañas". Habían sido tan completamente adoctrinados por la ideología revolucionaria que genuinamente creían estar haciendo algo heroico y necesario. El lavado de cerebro ideológico había transformado a hombres comunes en monstruos capaces de masacrar bebés sin remordimiento.

Y esto ilustra una profunda verdad psicológica: cuando se convence a alguien de que está sirviendo a una causa suprema, de que está construyendo un mundo mejor, de que los enemigos no son realmente humanos sino obstáculos al progreso, esa persona se vuelve capaz de cualquier atrocidad. Los soldados revolucionarios creían genuinamente que los vendeanos eran "bandidos", "fanáticos", subhumanos que impedían la marcha gloriosa de la Historia hacia la libertad, la igualdad y la fraternidad.

¿Libertad? Te dicen eso mientras implementan una dictadura totalitaria. ¿Igualdad? Mientras crean una nueva aristocracia de comisarios revolucionarios. ¿Fraternidad? Mientras ahogan a familias enteras en la Loira. Las palabras bonitas siempre ocultan realidades horrendas.

En Portugal, la misma retórica libertaria acompañaba la destrucción sistemática de la orden tradicional. Los liberales se proclamaban defensores del progreso contra el oscurantismo, de la razón contra la superstición, del pueblo contra los tiranos. Pero, ¿quién realmente se benefició de las revoluciones liberales? No los campesinos, que perdieron las tierras comunales y el apoyo de las instituciones religiosas. No los artesanos, que vieron disueltas sus corporaciones y fueron lanzados a la competencia brutal del mercado libre. No el pueblo común, que cambió la estabilidad imperfecta de la monarquía tradicional por la inestabilidad crónica del parlamentarismo corrupto.

Se beneficiaron los especuladores que compraron propiedades confiscadas, los financieros que prestaron dinero a los regímenes endeudados, los políticos profesionales que hicieron carrera en la nueva orden, los intelectuales que justificaban ideológicamente el saqueo, y las redes internacionales que ganaron control sobre naciones anteriormente independientes.

Observad Portugal hoy: una república inestable, permanentemente endeudada, culturalmente desarraigada, demográficamente moribunda, gobernada por una clase política corrupta y servil a intereses internacionales. Comparad con el Portugal de quinientos, que conquistaba el mundo, llevando

la Cruz a los confines de la Tierra, estableciendo un imperio donde el sol nunca se ponía, cumpliendo una misión evangelizadora ordenada por el propio Cristo. De conquistadores del mundo a suplicantes en Europa, de misioneros de la fe a propagandistas del relativismo moral. He aquí el fruto de las revoluciones " libertadoras".

Pero volvamos al hilo escatológico de esta narrativa, porque es esencial comprender que no estamos discutiendo solo Historia política o militar. Estamos discutiendo la manifestación temporal de la guerra espiritual eterna. El Apocalipsis de San Juan no es solo una profecía sobre eventos futuros lejanos; es una revelación del patrón constante de la guerra entre el Dragón y los santos.

Apocalipsis 12 describe al Dragón haciendo guerra contra "el resto de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio del Ungido". ¿Quiénes son estos? Son precisamente los fieles que, a través de los siglos, han mantenido la fe contra todas las persecuciones. Son los mártires de las catacumbas romanas. Son los cristianos masacrados por l os musulmanes. Son los albigenses, los valdeses, los hugonotes. Son los vendeanos. Son los miguelistas portugueses. Son todos aquellos que se negaron a adorar en el altar del mundo y permanecieron fieles al Rey de Reyes.

¿Y las crías de Samael? Son los servidores conscientes o inconscientes del Dragón. Desde que el Ungido identificó claramente en Juan 8:44 a aquellos cuyo padre es el diablo, el padre de la mentira y homicida desde el principio, la línea de batalla quedó trazada. Las sinagogas de Satanás mencionadas en Apocalipsis 2:9 y 3:9 no son meras metáforas; son realidades institucionales a lo largo de los siglos.

Estos siervos del Príncipe de las Tinieblas operan a través de múltiples frentes: filosófico (iluminismo, positivismo, materialismo), político (revolución, subversión, demolición de estructuras tradicionales), económico (usura, especulación, control financiero), cultural (propaganda, degeneración moral, relativismo) y religioso (herejías, cismas, infiltración). Las revoluciones francesa y portuguesa fueron manifestaciones coordinadas de esta guerra multifrontal.

No es coincidencia que ambas las revoluciones atacaron precisamente los mismos objetivos, en el mismo orden, utilizando una retórica casi idéntica. Primero, deslegitimación ideológica de la monarquía y de la Iglesia a través de décadas de propaganda filosófica. Segundo, crisis financiera creada o exacerbada para desestabilizar el régimen. Tercero, movilización de masas urbanas descontentas. Cuarto, golpe político liderado por élites traidoras. Quinto, implementación de reformas radicales bajo el pretexto de necesidad. Sexto, resistencia popular de los fieles a la revolución. Séptimo, represión genocida de la resistencia. Octavo, consolidación del nuevo régimen a través de terror y propaganda.

Este patrón se repite con una regularidad aterradora en todas las grandes revoluciones: inglesa (1640s), francesa (1789), portuguesa (1820/1910), rusa (1917), española (1931), china (1949). Las especificidades locales varían, pero la estructura profunda permanece idéntica. Esto sugiere fuertemente una coordinación no meramente humana, sino espiritual. Son manifestaciones localizadas de una única guerra cósmica.

Los masones, esas herramientas útiles de las crías de Samael, desempeñan un papel crucial como red organizacional. Las logias masónicas proporcionaban – y proporcionan – infraestructura comunicacional, ideológica y financiera para movimientos revolucionarios. No es una teoría conspiratoria; es Historia documentada. Los líderes de la Revolución Francesa eran predominantemente masones. Los revolucionarios liberales portugueses de 1820 eran masones. Los republicanos de 1910 eran masones. Los bolcheviques rusos tenían extensas conexiones masónicas.

La masonería se presenta como una sociedad filantrópica dedicada a elevados ideales de fraternidad universal. En la práctica, funciona como una quinta columna dentro de las naciones cristianas, trabajando sistemáticamente por la demolición de las estructuras tradicionales y por la implementación de una agenda secular-humanista que es fundamentalmente anticristiana. Los juramentos de sangre, los rituales secretos, la estructura jerárquica oculta, todo apunta a la naturaleza religiosa de la masonería – una religión de misterios que compite directamente con el cristianismo.

Y no es insignificante que los grados superiores de la masonería sean explícitamente l uciferianos. Albert Pike, autoridad masónica del siglo XIX, escribió en su "Morales y Dogma": " ¡Lucifer, el Portador de la Luz! ¡Nombre extraño y misterioso para dar al Espíritu de las Tinieblas! ¡Lucifer, el Hijo de la Mañana! ¿Es él quien trae la Luz?" Esta inversión diabólica – presentar al Padre de la Mentira como portador de iluminación – está en el núcleo de la masonería y, por extensión, de las revoluciones que ella patrocina.

Las revoluciones se presentan como movimientos de iluminación, trayendo la luz de la razón para disipar las tinieblas de la superstición. Pero la luz que traen es la falsa luz de Lucifer, que ciega en lugar de iluminar, que conduce al abismo mientras promete elevación. Los frutos históricos hablan por sí mismos: dondequiera que triunfen las revoluciones, siguen la muerte en masa, la destrucción cultural, la degradación moral y la esclavización de las naciones bajo nuevas tiranías aún más opresivas que las antiguas.

Considerad a Francia: antes de la Revolución, una gran nación católica, hija primogénita de la Iglesia,

potencia cultural y militar europea. Tras la Revolución y sus secuelas, secularizada, revolucionariamente inestable durante un siglo y medio, demográficamente debilitada, hoy islamizada y culturalmente alienada de sus raíces cristianas. Considerad a Portugal: antes de las revoluciones liberales, imperio global, misionero de la fe, descubridor de mundos. Después de las revoluciones, imperio perdido, república inestable y empobrecida, hoy apéndice irrelevante de la Europa burocratizada.

Los vendeanos lucharon no solo por su supervivencia física, sino por la preservación de una civilización. Sabían, intuitivamente, que la Revolución no pretendía meramente cambiar el gobierno, sino transformar radicalmente la propia naturaleza de la sociedad, destruyendo todo lo que era sagrado y tradicional. Por eso resistieron con un heroico desespero. Por eso las mujeres y los niños tomaban las armas cuando los hombres caían. Por eso preferían morir a someterse.

Y murieron por miles. Las columnas infernales barrieron metódicamente la región durante meses. Tras el paso de las tropas revolucionarias, solo quedaban cenizas, cadáveres y silencio. Testigos republicanos describieron la Vendea después de las campañas de exterminio como un paisaje lunar, tierra muerta donde nada se movía excepto los cuervos que se alimentaban de los cadáveres insepultos.

Hubo héroes entre los vendeanos que merecen ser recordados. Henri de La Rochejaquelein, un joven noble de solo 21 años que se convirtió en general del ejército católico y real, proclamó a las tropas: "Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, ¡vengadme!" Y murió, con solo 22 años, traicionado y muerto en una emboscada. François Charrette de La Contrie, otro líder vendeano, capturado y fusilado en 1796, se negó a tener venda en los ojos y comandó personalmente el pelotón de fusilamiento: "¡Vive le Roi!" fueron sus últimas palabras.

También hubo mujeres guerreras. Jeanne Léger, campesina que combatió vestida de hombre. Renée Bordereau, que perdió a toda su familia y juró venganza, convirtiéndose en leyenda como "La Valiente Angevina". Estas mujeres no luchaban por una ideología abstracta, sino por Dios, familia y patria – la trinidad natural que los revolucionarios buscaban destruir.

¿Qué héroes tenemos del lado revolucionario? Carrier, el ahogador en masa. Turreau, el exterminador de niños. Westermann, que se jactaba de aplastar bebés. Robespierre, que enviaba a amigos de ayer a la guillotina hoy. Saint-Just, el joven fanático que transformó el terror en sistema. ¡Qué galería de monstruos produjo la "libertad, igualdad y fraternidad"!

La Vendea fue finalmente pacificada no por la victoria militar, sino por el agotamiento a través del genocidio. Simplemente no quedaban suficientes vendeanos para continuar la lucha. Los sobrevivientes, traumatizados y dispersos, se sometieron. La región tardó generaciones en recuperarse demográficamente. Y aún hoy, más de dos siglos después, la Vendea sigue siendo distintivamente católica y conservadora, preservando la memoria ancestral del martirio.

Portugal conoció a sus propios mártires durante los períodos revolucionarios, aunque menos publicitados. Sacerdotes asesinados durante las invasiones francesas cuyos nombres se perdieron. Religiosos muertos durante las revoluciones liberales. El propio rey D. Carlos y el príncipe heredero Luís Filipe, asesinados en 1908 por carbonarios (organización terrorista vinculada a la masonería) – preludio de la revolución republicana de 1910.

El regicidio de 1908 es particularmente revelador. No fue un acto de desesperación espontáneo, sino una operación cuidadosamente planeada por la red revolucionaria. Los asesinos, Alfredo Costa y Manuel Buíça, eran carbonarios vinculados a grupos republicanos y masónicos. Tras el asesinato, fueron inmediatamente elevados a héroes por la propaganda republicana. Cuando se proclamó la República dos años después, fueron oficialmente honrados como mártires de la libertad. Asesinos transformados en héroes nacionales – he aquí la inversión moral característica de las revoluciones.

D. Carlos, a pesar de sus fallas personales, era el ungido de Dios, el rey legítimo. Su asesinato no fue solo un homicidio político, sino un sacrilegio. ¿Y los frutos del regicidio? La república portuguesa, inestable desde el principio, pasó por 45 gobiernos en solo 16 años (1910-1926), se hundió en deudas, persiguió ferozmente a la Iglesia, se involucró desastrosamente en la Pri mera Guerra Mundial y culminó en una dictadura militar en 1926. ¡Todo por la "libertad" republicana!

La Primera Guerra Mundial merece mención aquí, porque fue en muchos aspectos la cosecha sangrienta de las semillas revolucionarias plantadas en el siglo XIX. Las monarquías cristianas restantes de Europa se destruyeron mutuamente en una guerra fratricida insana, mientras las fuerzas revolucionarias esperaban en las sombras para heredar las ruinas. Y heredaron: el imperio ruso cayó bajo el bolchevismo, el imperio austro-húngaro fue desmembrado, el i mperio alemán se transformó en una república inestable que eventualmente produjo el nazismo, el imperio otomano colapsó.

Solo las repúblicas revolucionarias – Francia e Inglaterra (monarquía constitucional de fachada, pero revolucionaria en esencia desde 1688) – emergieron "victoriosas". ¿Y qué hicieron con la victoria? Impusieron un orden mundial liberal basado en principios revolucionarios: autodeterminación nacional.

(destrucción de imperios multinacionales tradicionales), democracia parlamentaria (sustitución de monarquías legítimas), secularismo (marginación de la Iglesia), y orden financiero internacional (control por banqueros).

La Liga de las Naciones, precursora de la ONU, fue un intento de crear un gobierno mundial basado en principios revolucionarios. Fracasó, pero estableció el precedente. La Segunda Guerra Mundial proporcionaría el pretexto para un segundo intento, esta vez exitoso: la Organización de las Naciones Unidas, verdadero parlamento mundial de las crías de Samael, desde donde emanan constantemente resoluciones y convenciones destinadas a corroer aún más las últimas resistencias de la civilización cristiana tradicional.

Pero regresamos al siglo XVIII y a la conexión entre las revoluciones. La ideología revolucionaria fue cuidadosamente preparada durante las décadas precedentes a través del llamado Iluminismo. Los filósofos franceses – Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Ale mbert y sus camaradas – no eran pensadores independientes que surgieron espontáneamente. Eran, en muchos casos, financiados por patronos ricos, f recuentemente ligados a redes financieras internacionales.

Voltaire, la más venenosa de estas serpientes intelectuales, dedicó su vida a atacar a Cristo y a Su Iglesia. "Écrasez l'infâme!" ("¡Esmaga a la infame!") era su grito de guerra, refiriéndose a la Iglesia Católica. Sus escritos, distribuidos ampliamente a través de redes masónicas, envenenaron a dos generaciones de europeos educados. Rousseau, con su "Contrato Social", proporcionó justificación teórica para la tiranía democrática. La "voluntad general" de Rousseau se convertiría en la legitimación del Terror: todo está permitido en nombre de esta voluntad abstracta, convenientemente interpretada por los líderes revolucionarios.

Estos venenos ideológicos fueron importados a Portugal a través de los extranjeros – i ntelectuales portugueses que estudiaban en Francia y regresaban contaminados. Las academias, las sociedades literarias, los salones intelectuales se convirtieron en centros de difusión de las ideas revolucionarias. El Marqués de Pombal, aunque sirviendo a la monarquía absolutista, introdujo reformas inspiradas en el despotismo ilustrado que socavaban las fundaciones tradicionales. La expulsión de los jesuitas en 1759 fue un golpe severo contra la Iglesia y contra l a educación tradicional.

Los jesuitas, a pesar de todas sus fallas humanas, eran la columna vertebral de la educación católica y de la resistencia intelectual a la marea secular. Su expulsión de Portugal, Francia, España y eventualmente su supresión temporal por el Papa (bajo presión de las cortes borbónicas) en 1773, representó una victoria estratégica de las fuerzas anticristianas. Creó un vacío educativo que fue llenado por ideas ilustradas.

Aquí vemos nuevamente la conexión entre Portugal y Francia: ambos expulsaron a los jesuitas en las mismas décadas, bajo la presión de las mismas redes de influencia, preparando el terreno ideológico para las futuras revoluciones. Los patrones se repiten porque emanan de una fuente única.

Las logias masónicas proliferaban en ambos los países durante el siglo XVIII. En Francia, prácticamente toda la élite intelectual y política estaba involucrada en la masonería antes de la Revolución. El propio duque de Orléans, primo del rey Luís XVI y traidor de su linaje, era Gran Maestro de la masonería francesa. Financió la propaganda revolucionaria y apoyó a los jacobinos, con la esperanza de heredar el trono. En lugar de eso, fue eventualmente guillotinado por los monstruos que ayudó a crear – una deliciosa ironía de la Historia.

En Portugal, la masonería se estableció firmemente a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Las invasiones francesas trajeron un flujo de masones franceses que reclutaron portugueses. Después de 1820, la masonería portuguesa se convirtió prácticamente en sinónimo del movimiento liberal. Todas las principales figuras liberales eran masones confesos.

La masonería proporcionaba una infraestructura organizacional que los partidos políticos normales no podían igualar. Era una red internacional, con conexiones financieras, capacidad de comunicación secreta, jerarquía disciplinada e ideología compartida. Un revolucionario masón de Lisboa podía viajar a Londres o París y encontrar apoyo inmediato de las logias locales. Este internacionalismo revolucionario era una poderosa arma contra las monarquías tradicionales que, a pesar de las conexiones dinásticas, frecuentemente se enfrentaban entre sí.

Y aquí llegamos a un aparente paradoja: las monarquías cristianas europeas, que deberían estar unidas por la fe común y la defensa de la civilización cristiana, pasaron los siglos XVII y XVIII guerreando mutuamente en conflictos dinásticos mezquinos. Mientras tanto, las redes revolucionarias trabajaban pacientemente, de manera coordinada e internacional, preparando la demolición de todas ellas.

Cuando finalmente la Revolución estalló en Francia, las monarquías extranjeras intentaron inicialmente intervenir. Austria y Prusia declararon la guerra a la Francia revolucionaria en 1792. Pero lo hicieron de manera vacilante, divididas, siempre preocupadas por sus rivalidades mutuas. Esta incapacidad de unirse contra un enemigo común permitió que la Francia revolucionaria no solo sobreviviera, sino que eventualmente conquistara gran parte de Europa bajo Napoleón.

Napoleón es una figura compleja en esta narrativa. Por un lado, restauró algunas estructuras tradicionales: firmó un Concordato con la Iglesia, reinstauró códigos legales y se coronó emperador. Por otro lado, siguió siendo hijo de la Revolución, esparciendo el código napoleónico (basado en principios revolucionarios) por toda Europa, destruyendo el Sacro Imperio Romano Germánico (último residuo formal de la cristiandad medieval unida) y atacando al Papa.

Las invasiones napoleónicas de Portugal y España fueron particularmente significativas. La península ibérica era uno de los bastiones más conservadores y católicos de Europa. Necesitaba ser conquistada y transformada. Las guerras peninsulares (1807-1814) fueron, en la superficie, conflictos militares entre Francia y la coalición anglo-portuguesa-española. En profundidad, eran una guerra ideológica entre revolución y tradición.

Los guerrilleros españoles y los populares portugueses que resistieron a los franceses no luchaban primariamente por un nacionalismo moderno (concepto aún incipiente), sino por fe y rey. Los gritos de batalla eran "¡Viva la Virgen!" y "¡Viva el Rey!" Las atrocidades cometidas por los soldados franceses contra poblaciones civiles – documentadas gráficamente en las horribles grabados de Goya – no eran meramente brutalidad militar común, sino que reflejaban el odio ideológico revolucionario contra el pueblo católico.

Cuando finalmente Napoleón cayó y el Congreso de Viena (1814-1815) intentó restaurar el orden europeo, era demasiado tarde. Las ideas revolucionarias se habían difundido de manera irreversible. La Santa Alianza, un intento de las monarquías rusas, austriacas y prusianas de preservar la orden tradicional, fue saboteada desde el principio por Inglaterra, que ya había adoptado suficiente ideología liberal para considerar inaceptable la r estauración absoluta.

Y aquí vemos el papel crítico de Inglaterra en esta saga. La "Revolución Gloriosa" inglesa de 1688 fue, en muchos aspectos, precursora de la Revolución Francesa. Guillermo de Orange, financiado por banqueros holandeses e ingleses, depuso al rey legítimo Jacobo II y estableció una monarquía constitucional donde el Parlamento (controlado por la oligarquía aristocrático-financiera) detentaba el poder real. La Declaración de Derechos de 1689 estableció muchos principios que luego reaparecerían en las constituciones revolucionarias.

La Inglaterra, por lo tanto, fue un laboratorio donde se probaron técnicas revolucionarias que luego se aplicarían a escala continental. Y la Inglaterra apoyó consistentemente movimientos liberales en el continente durante el siglo XIX, incluyendo a los liberales portugueses. No por altruismo, sino porque los regímenes liberales endeudados eran más fácilmente controlables por intereses financieros británicos.

que monarquías absolutas tradicionales.

Portugal se convirtió, de hecho, en un semi-protectorado británico tras las guerras napoleónicas. Los tratados comerciales favorecían enormemente a Inglaterra. La presencia militar británica en Portugal durante las guerras había creado dependencia. Cuando estalló la guerra civil entre liberales y absolutistas, Inglaterra apoyó decisivamente a los liberales, proporcionándoles apoyo naval y financiero crucial. D. Pedro IV (D. Pedro I de Brasil), líder de los liberales, estaba profundamente vinculado a redes masónicas y contaba con apoyo británico.

La victoria liberal en Portugal en 1834 fue, por lo tanto, una victoria de la agenda revolucionaria internacional tanto como un acontecimiento doméstico portugués. Y los resultados fueron previsibles: inestabilidad política crónica, creciente endeudamiento, pérdida de influencia internacional, conflictos sectarios incesantes y la lenta agonía de la nación.

La extinción de las órdenes religiosas en 1834 merece un análisis más detallado, porque ejemplifica perfectamente el carácter antirreligioso de la revolución liberal. No fue una medida administrativa racional; fue un ataque ideológico. Las órdenes religiosas desempeñaban funciones sociales insustituibles: educación (los jesuitas, oratorianos, congregaciones docentes), salud (órdenes hospitalarias), caridad (franciscanos, mercedarios), agricultura (cistercienses, benedictinos) y preservación cultural (benedictinos, canónigos regulares).

Al extinguir estas órdenes, confiscar sus propiedades y dispersar a sus miembros, los liberales no solo atacaron a la Iglesia; destruyeron la infraestructura social. Las escuelas conventuales fueron cerradas; ¿quién educaría a los niños? Los hospitales religiosos fueron clausurados; ¿quién cuidaría de los enfermos? Los asilos fueron abolidos; ¿quién alimentaría a los pobres? La respuesta liberal era: el Estado. Pero el Estado liberal portugués, crónicamente en quiebra y desorganizado, nunca logró reemplazar adecuadamente las instituciones religiosas que había destruido.

El resultado fue un empobrecimiento cultural y social. La tasa de alfabetización, que había crecido lentamente bajo la enseñanza religiosa, se estancó. Los cuidados de salud se deterioraron. Los pobres, que encontraban refugio en las instituciones religiosas, quedaron abandonados. Pero a los liberales no les interesaba realmente el bienestar del pueblo; les interesaba destruir el poder de la Iglesia y apoderarse de sus riquezas.

Las propiedades confiscadas – vastas extensiones de tierra, edificios urbanos, obras de arte, bibliotecas, archivos – fueron vendidas en subasta pública a precios irrisorios. Los compradores eran, previsiblemente,

especuladores ligados al régimen liberal, comerciantes extranjeros (especialmente ingleses) y miembros de la nueva burguesía liberal. Fue una transferencia masiva de riqueza de la Iglesia (que la utilizaba para fines comunitarios, a pesar de las inevitables fallas humanas) a especuladores privados (que la utilizaban exclusivamente para lucro personal).

Las bibliotecas conventuales, repositorios de siglos de saber acumulado, fueron dispersadas o destruidas. Manuscritos medievales preciosos desaparecieron en el mercado de antigüedades o fueron literalmente utilizados como papel de envoltura. Códices iluminados, documentos históricos, archivos genealógicos: un patrimonio incalculable se perdió por negligencia criminal o destrucción deliberada.

¿Y por qué esta furia especial contra documentos históricos y genealógicos? Porque documentaban la continuidad histórica de los pueblos ibéricos desde tiempos inmemoriales, incluyendo conexiones con las antiguas migraciones de los herederos de la Promesa. Porque probaban la legitimidad de los linajes reales y nobiliarios. Porque atestiguaban la propiedad legítima de tierras y derechos. Porque preservaban la memoria histórica que los revolucionarios querían borrar para imponer más fácilmente su narrativa fabricada de " progreso" contra "obscurantismo".

Este patrón de destrucción de archivos se repite en todas las revoluciones. Los revolucionarios franceses quemaron archivos nobiliarios y eclesiásticos sistemáticamente. Los bolcheviques destruyeron o falsificaron registros históricos masivamente. Los maoístas, durante la Revolución Cultural, demolieron templos milenarios y quemaron libros antiguos por millones. No es vandalismo irracional; es un borrado deliberado de la memoria colectiva, para crear un " hombre nuevo" desarraigado, sin pasado, perfectamente maleable.

En Vendea, después del genocidio, los revolucionarios intentaron literalmente borrar la región del mapa. Se propusieron planes para renombrar el área, repoblarla con colonos revolucionarios y obliterar cualquier memoria de lo que había sucedido allí. Afortunadamente, estos planes extremos no se concretaron completamente, pero la intención era clara: no solo matar a los vendeanos, sino borrar su propia existencia histórica.

Durante el siglo XIX, la Vendea fue efectivamente borrada de la historiografía francesa oficial. Los manuales escolares no la mencionaban, o la presentaban como una mera revuelta de campesinos ignorantes manipulados por sacerdotes fanáticos y nobles ambiciosos. La realidad – genocidio deliberado de una población católica por el régimen revolucionario – estaba cuidadosamente oculta. Solo a finales del siglo XX, gracias a historiadores valientes como Reynald Secher, la verdad comenzó a emerger.

Y aún hoy, la historia completa de la Vendea sigue siendo controvertida en Francia. Las propuestas de reconocimiento oficial del genocidio enfrentan una feroz resistencia de sectores que aún veneran la Revolución Francesa como un acontecimiento fundador de la modernidad. Admitir el genocidio vendeano implicaría cuestionar la legitimidad moral de la propia Revolución – y eso, para los republicanos franceses, es un anatema impensable.

En Portugal, ocurrió un proceso similar: las guerras civiles del siglo XIX, las persecuciones religiosas, las masacres de católicos y monárquicos fueron minimizadas o ignoradas por la historiografía republicana. D. Miguel, el rey absolutista, fue transformado en villano de la narrativa oficial, mientras que los liberales fueron heroicizados. Solo recientemente comienzan a aparecer estudios más equilibrados.

Pero la verdad histórica, aunque puede ser suprimida temporalmente, eventualmente emerge. Los documentos sobreviven en archivos oscuros. Las memorias persisten en tradiciones orales. Los descendientes de los masacrados preservan las historias. Y cuando investigadores honestos se dedican a las fuentes primarias, descubren realidades que contradicen frontalmente las narrativas oficiales.

Ahora, profundicemos un poco más en la dimensión escatológica de este análisis. El Libro de Daniel, especialmente los capítulos 2, 7 y 8, presenta una visión profética de la sucesión de imperios mundiales. La interpretación cristiana tradicional identifica estos imperios como Babilonia, Media-Persia, Grecia y Roma. El Imperio Romano, según esta interpretación, nunca cayó verdaderamente; se transformó en la civilización cristiana europea.

Las monarquías cristianas de Europa eran, en este entendimiento, sucesoras legítimas de Roma – no de la Roma pagana imperial, sino de la Roma cristianizada, santificada por la conversión de Constantino y por el establecimiento del cristianismo como religión oficial. El Sacro Imperio Ro mano Germánico, a pesar de sus limitaciones prácticas, representaba simbólicamente esta continuidad.

Cuando Napoleón disolvió el Sacro Imperio en 1806, no fue un mero acto político; fue un golpe simbólico contra la propia idea de cristianidad unida. Y no por coincidencia, los revolucionarios franceses habían abolido previamente el calendario cristiano (1793), sustituyéndolo por un calendario revolucionario que comenzaba en el "Año I de la República" – un intento blasfemo de reiniciar la Historia, borrando al Ungido y estableciendo una nueva era.

Las revoluciones, por lo tanto, no tenían como objetivo solo cambiar gobiernos o sistemas económicos. Buscaban establecer un orden mundial radicalmente nuevo, basado en principios anti-cristianos: soberanía popular en lugar de soberanía divina, derechos del hombre en lugar de ley divina, razón autónoma en lugar de revelación, progreso material en lugar de salvación espiritual. Era, y es, un intento de construir una Torre de Babel moderna.

Y como Babel original, está destinada al fracaso. Pero causará un inmenso sufrimiento en el proceso. Ya lo ha causado: los tres siglos desde el inicio de las revoluciones liberales han sido testigos de guerras mundiales catastróficas, genocidios a escala industrial, totalitarismos sin precedentes, degradación moral acelerada y destrucción espiritual de civilizaciones enteras.

Los herederos de la Promesa en Europa Occidental – aquellos pueblos que, según la perspectiva anglo-israelita, ibero-israelita y franco-israelita, son descendientes de las tribus perdidas de Israel – han sido un objetivo especial de esta guerra porque representan el mayor obstáculo a l os planes globalistas de las crías de Samael. Un pueblo consciente de su herencia bíblica, fiel al Ungido, enraizado en tradiciones milenarias, organizado en estructuras sociales orgánicas, es ingobernable para los arquitectos del Nuevo Orden Mundial.

Por eso, durante siglos, estos pueblos han sido atacados sistemáticamente: ideológicamente (iluminismo, liberalismo, socialismo), políticamente (revoluciones, guerras civiles), militarmente (guerras mundiales), económicamente (endeudamiento, explotación) y culturalmente (propaganda, degeneración). El objetivo es siempre el mismo: desenraizar, atomizar, confundir, debilitar y finalmente someter completamente.

Las monarquías cristianas, a pesar de todas sus imperfecciones humanas, representaban un obstáculo institucional para este proyecto. Por eso debían ser demolidas. Y lo fueron, una por una, a lo largo de los siglos XIX y XX. Hoy, las monarquías remanentes en Europa son constitucionales, es decir, decorativas: reyes y reinas que reinan pero no gobiernan, símbolos vacíos de poder real, mantenidos solo porque ya no representan una amenaza.

La demolición de las monarquías avanzó de la mano con la secularización forzada de las sociedades. La Iglesia, progresivamente marginada, perdió influencia social. La educación fue secularizada. Las fiestas religiosas fueron sustituidas por feriados seculares. El matrimonio religioso perdió primacía legal frente al matrimonio civil. Divorcio, anticoncepción, aborto, eutanasia – todas las protecciones morales tradicionales fueron demolidas sistemáticamente.

Y hoy, en el siglo XXI, hemos llegado a la fase final: la propia definición de hombre y mujer está siendo deconstruida. El género es declarado "fluido". El matrimonio se redefine para incluir uniones anti-naturales. Los niños son expuestos a propaganda sexual desde edades tempranas. La familia tradicional es atacada como "patriarcal" y "opresiva". La natalidad se desploma. Naciones enteras está n muriendo demográficamente.

¿Es esto una coincidencia? ¿O es el resultado lógico y predecible de siglos de revolución contra Dios? Cuando se rechaza al Creador, cuando se proclama la autonomía humana absoluta, cuando se sustituye la ley divina por la voluntad humana, no hay límite lógico para la caída al abismo. Si Dios no define lo que es correcto e incorrecto, entonces todo está permitido. Si Dios no define lo que es hombre y mujer, entonces puedo definirme como quiera. Si Dios no es soberano, entonces yo soy soberano. He aquí la esencia de la rebelión luciferina, repetida ahora a escala civilizacional.

La Vendea, vista bajo esta luz, fue un combate de retaguardia heroico pero, en última instancia, destinado al fracaso en una guerra que ya estaba esencialmente perdida. Los vendeanos l ucharon valientemente, pero eran una pequeña región contra el poder consolidado del Estado revolucionario que controlaba los recursos de una de las naciones más poderosas de Europa. Su derrota era previsible. Pero su resistencia tenía un valor moral absoluto: atestiguaron la verdad cuando casi todos se habían inclinado ante la mentira.

Y aquí reside una lección crucial para nuestros tiempos: la victoria temporal no es el criterio de la verdad. Los mártires cristianos en el Coliseo romano no "ganaron" cuando fueron devorados por leones; pero testificaron la verdad, y su testimonio (el martirio significa precisamente " testimonio") terminó por convertir el propio imperio que los mataba. Los vendeanos no ganaron militarmente; pero testificaron valores eternos contra una utopía sanguinaria.

En Portugal, los miguelistas derrotados preservaron, en sus aldeas del interior, una memoria de catolicismo tradicional y monarquismo legítimo que sobrevivió a través de las generaciones. Incluso hoy, siglo y medio después, hay diferencias mensurables entre regiones que fueron miguelistas y regiones que fueron liberales. Las primeras preservaron una mayor religiosidad, estructuras familiares más tradicionales y una mentalidad menos revolucionada.

Esto demuestra que las batallas culturales y espirituales tienen impactos duraderos. Las elecciones hechas por nuestros antepasados reverberan a través de las generaciones. Aquellos que permanecieron fieles, incluso derrotados, transmitieron esta fidelidad a los descendientes. Aquellos que abrazaron la revolución

transmitieron esta traición.

Y aquí llegamos al punto crucial: la guerra no ha terminado. No fue una batalla única, concluida en el siglo XIX. Es una guerra perpetua entre dos ciudades, como explicó San Agustín: Ciudad de Dios vs. Ciudad del Hombre. Esta guerra prosigue a través de todas las eras, asumiendo formas diferentes pero manteniendo una esencia idéntica.

En el siglo XVIII-XIX, se manifestó como Revoluciones liberal-masónicas contra monarquías cristianas. En el siglo XX, como totalitarismos comunistas y fascistas contra la civilización cristiana. En el siglo XXI, se manifiesta como globalismo progresista contra lo que queda de la orden tradicional. Los rostros cambian, pero el espíritu permanece el mismo: rebelión contra Dios, intento de construir un paraíso terrenal sin Él, persecución de aquellos que se niegan a adorar en el altar secular.

Los vendeanos de hoy no toman armas físicas (aún), pero libran batallas no menos importantes: por la vida de los no nacidos contra el aborto industrial, por la familia natural contra la ideología de género, por la soberanía nacional contra el globalismo, por la fe contra el secularismo militante. Y son vilipendiados exactamente como los vendeanos originales: como "reaccionarios", " fanáticos", "obscurantistas", "enemigos del progreso".

Las técnicas de propaganda son las mismas: deslegitimación moral de los tradicionalistas, presentándolos como motivados por odio en lugar de amor a la verdad; deshumanización, presentándolos como peligros para la sociedad; marginalización económica y social, a través de censura y ostracismo; y, cuando es necesario, uso de fuerza estatal contra ellos.

Ya vemos esto suceder: padres que se oponen a la ideología de género en las escuelas son investigados por servicios sociales; cristianos que citan la Biblia sobre moralidad sexual son procesados por "discurso de odio"; negocios que se niegan a participar en ceremonias contrarias a su fe son multados y cerrados; médicos que se niegan a realizar abortos son forzados a cambiar de profesión.

Esto es persecución. No aún en la escala de la Vendea o de las arenas romanas, pero es una persecución inequívoca. Y empeorará. La lógica totalitaria, una vez desatada, no se detiene voluntariamente. Siempre escala, exigiendo cada vez mayor conformidad, tolerando cada vez menos disidencia, hasta que finalmente llegamos al punto de "convertirte o morir".

La Historia de las revoluciones francesa y portuguesa no es, por tanto, mera curiosidad antiquaria. Es el prólogo de nuestro presente y una advertencia de nuestro futuro. Las fuerzas que masacraron a los vendeanos no han desaparecido; se han recogido, reorganizado, adaptado y ahora avanzan nuevamente, esta vez a escala global.

La Nueva Orden Mundial de la que tanto se habla no es una fantasía conspiratoria; es un proyecto abiertamente declarado por líderes políticos, financieros y culturales desde hace décadas. Una orden mundial basada en un gobierno global, una moneda única, vigilancia total, control poblacional, relativismo moral absoluto y la completa marginalización del cristianismo tradicional. Es, en esencia, un resurgimiento del intento revolucionario de los siglos XVIII-XIX, ahora equipado con tecnología incomparablemente más poderosa.

¿Y contra esto, qué resistencia puede haber? Hablando humanamente, parece imposible. Las fuerzas globalistas controlan gobiernos, bancos centrales, corporaciones multinacionales, medios de comunicación, universidades y agencias internacionales. Tienen recursos virtualmente ilimitados. Se coordinan globalmente. Avanzan inexorablemente.

Pero hablando humanamente, también era imposible que doce pescadores iletrados convirtieran al Imperio Romano. Era imposible que campesinos vendeanos derrotaran (i ncluso si fuera temporalmente) a ejércitos profesionales republicanos. Era imposible que David derrotara a Goliat. Sin embargo, sucedió.

Porque no estamos en guerra meramente humana. "No es contra carne y sangre que tenemos que luchar, sino contra los principados y las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos esparcidos por los aires" (Efesios 6:12). Esta es guerra espiritual, donde el resultado final ya está determinado: "Vi también a la bestia, y a los reyes de la tierra, y a sus ejércitos reunidos, para hacer guerra contra aquel que estaba sentado sobre el caballo, y contra su ejército. Pero la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta... Ambos fueron lanzados vivos al lago de fuego" (Apocalipsis 19:19-20).

La victoria final pertenece al Ungido y a Sus fieles. Pero esto no significa que el camino hasta allí sea fácil. Apocalipsis describe la intensa persecución de los santos en los últimos tiempos. Describe la guerra contra ellos y la aparente victoria temporal de la bestia. Muchos serán martirizados. "Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe" (Apocalipsis 14:12).

Los vendeanos fueron mártires de esta guerra continua. Los católicos portugueses perseguidos fueron mártires. Los cristianos ejecutados por los comunistas fueron mártires. Y habrá más mártires. Pero cada gota de sangre de mártir es semilla de futura cosecha. "La sangre de los mártires es semilla de la Iglesia", dijo Tertuliano, y la Historia lo prueba repetidamente.

Por eso, la reflexión sobre la Vendea y sobre las revoluciones en Portugal y Francia no es un ejercicio mórbido de recordar horrores pasados. Es una preparación espiritual e intelectual para los combates presentes y futuros. Es aprender de los héroes y mártires del pasado cómo permanecer fiel en tie mpos de apostasía universal. Es comprender las tácticas del enemigo para resistir mejor.

Y sobre todo, es recordar que la batalla no es nuestra, sino de Dios. "No temáis ni os asustéis por causa de esta gran multitud, pues la pelea no es vuestra, sino de Dios" (2 Crónicas 20:15). Nuestra tarea no es garantizar una victoria temporal (que puede o no llegar), sino permanecer fieles, testificar la verdad y transmitir la fe a la próxima generación, pase lo que pase.

Los vendeanos hicieron precisamente esto. Incluso ante una derrota aplastante, incluso ante un genocidio, permanecieron fieles. Se negaron a someterse a los sacerdotes constitucionales. Se negaron a renegar del rey legítimo. Se negaron a aceptar el nuevo orden revolucionario. Y por eso fueron exterminados físicamente. Pero vencieron espiritualmente. Su memoria, aunque suprimida durante siglos, finalmente ha emergido. Y hoy, los vendeanos son reconocidos como mártires y héroes, mientras que sus perseguidores son (por aquellos que aún tienen ojos para ver) reconocidos como monstruos genocidas.

La Verdad puede ser crucificada, pero siempre resucita al tercer día. Puede ser suprimida, pero nunca destruida definitivamente. Y al final de los tiempos, toda la verdad será revelada, toda la mentira expuesta, y la justicia finalmente reinará.

Hasta entonces, permanezcamos fieles. Estudiemos la Historia verdadera, no la propaganda. Comprendamos las tácticas del enemigo. Fortalezcamos nuestra fe. Enraicémonos en las t radiciones de nuestros antepasados. Transmitamos la herencia a nuestros hijos. Resistamos, intelectual y espiritualmente, a la marea revolucionaria. Y preparemos para testificar, cueste lo que cueste.

Como los vendeanos gritaban cuando cargaban en combate: "¡Dios y el Rey!" – así también nosotros debe mos gritar, metafóricamente o literalmente, en nuestra época. Dios, el Creador Todopoderoso, fuente de toda autoridad y verdad. Y el Rey – el Rey de Reyes, Cristo, el Ungido, verdadero soberano a quien

debemos leer lealtad absoluta, y bajo Él, las estructuras legítimas de autoridad que Él estableció .

La monarquía terrenal es un símbolo imperfecto de la monarquía celestial. Por eso los revolucionarios la odian tanto: se destruye el símbolo para atacar la realidad simbolizada. Se decapita al rey terrenal en un ritual de rebelión contra el Rey Celestial. Pero el Rey Celestial no puede ser decapitado. Y volverá en gloria para juzgar a los vivos y a los muertos, destruir a Sus enemigos y establecer Su Reino definitivo.

Esa es nuestra esperanza, nuestra consolación y nuestra certeza. No basada en optimismo humano o ideología política, sino en una promesa divina registrada en las Escrituras y atestiguada por la Historia providencial. Dios actúa en la Historia. No como los hombres esperan o desearían, no según cronogramas humanos, sino según Su plan eterno que se despliega inexorablemente.

Las revoluciones parecen triunfar. Los impíos parecen prosperar. Los fieles parecen derrotados. Pero "parece" no es "es". La apariencia temporal no es la realidad eterna. Y es a la luz de la eternidad que debemos juzgar todo.

Juzgados por la eternidad, los vendeanos masacrados son victoriosos y gloriosos. Los revolucionarios que los masacraron son derrotados y malditos. Juzgados por la eternidad, los monjes y monjas expulsados de los conventos portugueses son héroes mártires. Los liberales que los expulsaron son traidores de la fe y de la patria. Juzgados por la eternidad, las monarquías cristianas tradicionales, a pesar de todos sus defectos, eran infinitamente s uperiores a las repúblicas revolucionarias que las reemplazaron.

Y es por esto – por esta perspectiva eterna que relativiza y juzga correctamente las perspectivas temporales – que las crías de Samael y sus lacayos masones odian tanto el Cristianismo tradicional. Porque expone sus mentiras, deslegitima sus proyectos y anuncia su juicio venidero.

Por eso atacaron tan ferozmente en la Vendea. Por eso persiguieron tan implacablemente en Portugal. Por eso continúan atacando hoy. No pueden permitir que permanezca viva una cosmovisión que los condena absolutamente. Tienen que extinguirla completamente o al menos marginalizarla totalmente.

Pero no lo lograrán. Cristo prometió: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra Mi Iglesia" (Mateo 16:18). No prometió que no habría persecución – advirtió que la habría. No prometió un triunfo temporal constante – predijo tribulación. Pero prometió una victoria final y definitiva. Y Él no puede mentir.

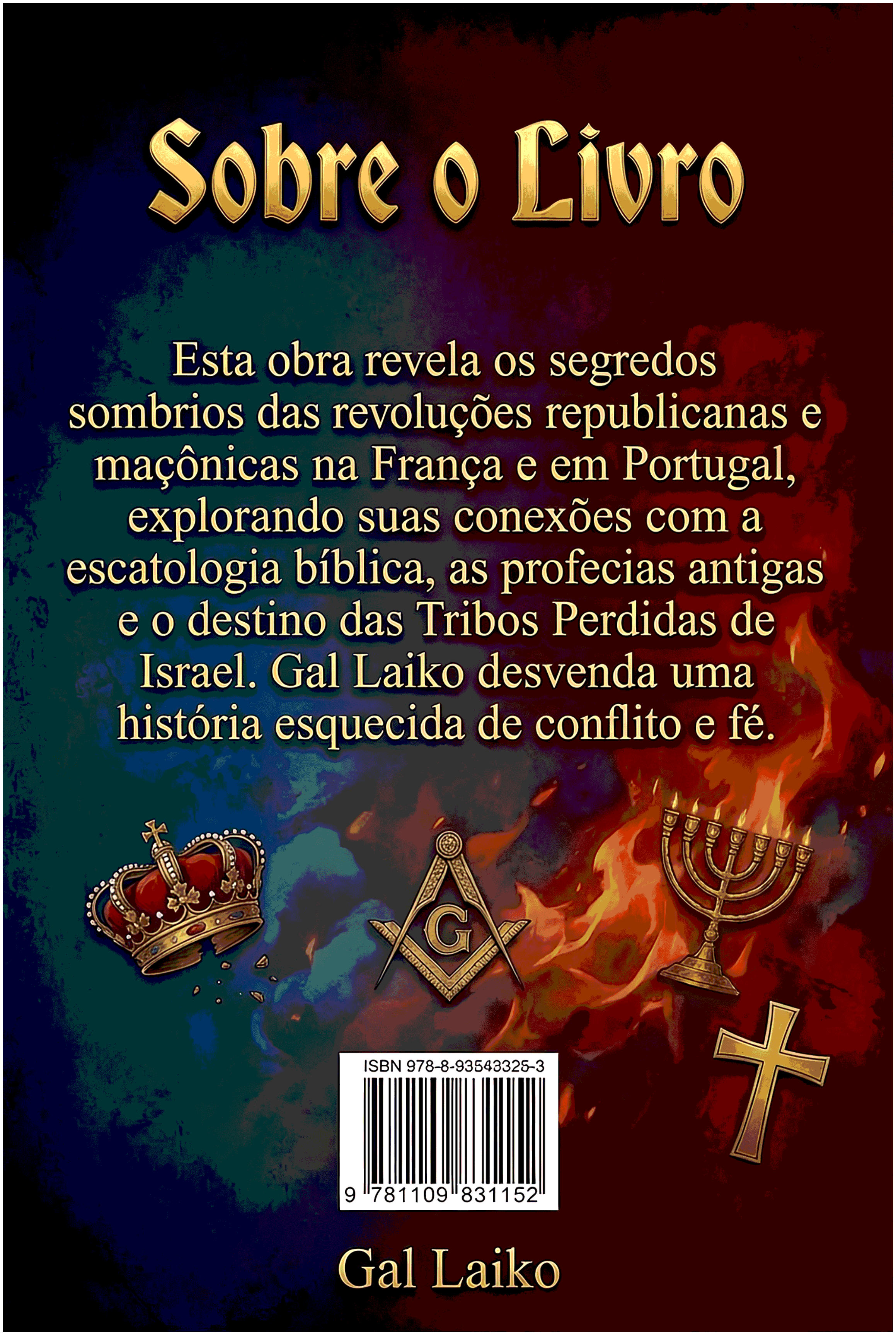
Por lo tanto, estudiemos la Vendea no para desesperarnos, sino para prepararnos e i nspirarnos. Estudiemos las revoluciones no para resignarnos, sino para comprender y resistir. Y permanezcamos fieles, pase lo que pase, sabiendo que "lo que sufre temporalmente no tiene proporción con la gloria que ha de ser revelada en nosotros" (Romanos 8:18).

Los vendeanos caídos despertarán en la resurrección para recibir su recompensa. Sus perseguidores despertarán para recibir su juicio. Y en ese día, toda la Historia será finalmente comprendida correctamente, toda la injusticia será rectificada y toda l ágrima será enjugada de los ojos de quienes permanecieron fieles.

Hasta ese día glorioso: resistencia, fidelidad y esperanza inquebrantable. Esa fue la lección de la Vendea. Esa es nuestra herencia. Esa debe ser nuestra práctica.

¡Dios y el Rey! ¡Viva Cristo Rey! Y abajo la tiranía revolucionaria, ayer, hoy y siempre. e.

Amén.


Sobre o Livro
Esta obra revela os segredos sombrios das revoluções republicanas e maçônicas na França e em Portugal, explorando suas conexões com a escatologia bíblica, as profecias antigas e o destino das Tribos Perdidas de Israel. Gal Laiko desvenda uma história esquecida de conflito e fé.
ISBN 978-8-93543325-3
9 781109 831152
Gal Laiko